

**Mitemas del color:  
Tifón**

**ROBERTO MATESANZ GASCÓN**

El mito de la lucha entre Zeus y Tifón es uno de los más interesantes que pueblan la mitología griega. Por una parte, sabemos de él gracias a varios autores, lo cual nos permite acometer su estudio desde una perspectiva un tanto amplia. Y por otro lado, conocemos cómo diversos pueblos del Próximo Oriente parecen haber narrado una historia más o menos similar, la cual giraba en torno a la lucha sostenida por un tempestuoso dios de los cielos y un monstruoso ser con rasgos serpentiformes.

A partir de estos mimbres, no es extraño que se hayan podido publicar trabajos excepcionales que tratan del mito de Tifón, los cuales han puesto de relieve parte del sentido que entraña el mismo. Orígenes orientales, cosmos, caos, *métis*, son conceptos que parecen inseparables de una correcta comprensión del mito urdido en torno a la figura de Zeus y su monstruoso contrincante<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Remito para la bibliografía esencial sobre el tema, y para la principal interpretación que puede hacerse del mito, a José Carlos Bermejo Barrera, "Del Cosmos al Caos en la mitología griega: Tifón", *Minius*, VII (1999), pp. 27-38. No obstante, un importante trabajo de Francis Vian sobre las relaciones existentes entre Tifón y sus paralelos orientales, creo que está ampliamente superado en diversos puntos, a partir de un trabajo de Corinne Bonnet, "Typhon et Baal Saphon", *Studia Phoenicia* IV, Namur, 1986, pp. 101-143.

No pretendo, pues, impugnar la pertinencia de esos análisis. Antes al contrario, mi intención es presentar de manera somera una dimensión, creo que complementaria, de los mismos; es decir, otra de las vertientes presente en el pensamiento que otorgó un valor al mito de Zeus y Tifón. Una dimensión que se relaciona con los colores, y en particular, con los tintes naturales. Va que, parafraseando a Marcel Detienne, podríamos hablar de la existencia en el pensamiento griego y romano de una *mitología de las tinturas*, parte de la cual está expresada en mitos como el de Tifón.

Parece innecesario narrar aquí, otra vez, dicho mito. El monstruo, engendrado por Gea o por Hera, según versiones, fue abatido por Zeus no sin antes haber obtenido una efímera victoria sobre el primero de los Olímpicos. Natural de Cilicia, gigante descomunal dotado de cien cabezas y capaz de desordenar el cosmos entero, el nocivo Tifón acabará sepultado bajo el Etna, o según otros autores, yaciendo en el fondo del lago Serbonis, tras luchar con Zeus en las prominencias del monte Casio. Un mito de alcances cósmicos, cuyas dimensiones no se agotan en lo enorme del mismo.

En efecto. Dos productos de apreciable capacidad tingente van asociados a la carrera del monstruo cilicio de manera inmediata, y otros varios mediante una relación mediata, plasmada en un plano mítico por precisas relaciones de parentesco o de afinidad. En cuanto a los primeros, el primer producto pertenece al mundo vegetal: se trata del azafrán. El segundo es otro producto natural, aunque perteneciente al mundo mineral: el cinabrio. El nacimiento y la muerte de Tifón están asociados a ambos productos. El primero señala las condiciones de su nacimiento. El segundo, las consecuencias de su muerte. Ambos reflejan la naturaleza de Tifón, y el monstruo la naturaleza de ambos. Sin embargo, el poderoso hijo de la tierra es parte de un entramado mitológico más complejo, de toda una mitología de las tinturas, en que otros productos y otros personajes mitológicos, como por ejemplo Gerión, juegan un papel preciso, contiguo al desempeñado por Tifón.

El carácter colosal del combate sostenido por Zeus y Tifón ha oscurecido algunos importantes detalles que están ligados al mismo, haciendo parecer accesorio y anecdótico lo que no lo es, mera explicación etiológica lo que es esencial al mito tifoneo. Pero algunos de nuestros textos clásicos no parecen dejar lugar a dudas sobre lo importante de la capacidad tintórea del hijo de la Tierra.

Un primer texto nos pone de frente a esa cualidad; cuando fue perseguido por Zeus, y antes de que fuera aplastado bajo el Etna por éste, Tifón llegó hasta un monte tracio, y allí se defendió lanzando montes contra su perseguidor. Zeus los rechazó con su rayo, de manera que golpearon al propio Tifón. V, herido, de éste brotaron borbotones de sangre que se desparramaron por la montaña, siendo éste el motivo por el cual dicho lugar es llamado monte *Hemón*, es decir, 'Monte ensangrentado' (Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, 1, 6, 3).

Este carácter tingente también está presente en el tratado que sobre la pesca escribió Opiano de Cilicia, quien narra que, engañado por Pan, quien le ofreció un banquete de peces, Tifón se dirigió hacia la orilla del mar, abrasándole entonces Zeus con una lluvia ígnea. Las cien cabezas de Tifón golpearon contra las rocas, azotadas por todas partes como lana. Y, dice Opiano, aún en sus tiempos las rubias riberas cerca del mar están enrojecidas con la sangre de Tifón (*Haliéutica*, III, 15-25).

Tanto Opiano como Apolodoro ponen de manifiesto la capacidad de teñir que posee la sangre del rival de Zeus, ya sean montes tracios o playas cilicias. ¿Mera etiología *ad hoc*? Si seguimos el principio estructura lista que señala que en una narración mítica no hay nada banal, no podemos más que negar esta posibilidad. La misma, además, se encuentra con otro obstáculo: en el mito de Tifón, la sangre aparece antes de que el cuerpo del monstruo sea desgarrado por Zeus.

Es Nono de Panópolis quien recurre a la sangre, en dos ocasiones, antes de que Tifón perezca a manos de Zeus. Siglos atrás Homero había señalado que Zeus azotaba la tierra en Arimos, donde se decía que estaba el lecho de Tifoeo, o Tifón (*Ilíada*, II, 780-785). Y desde entonces, la mayoría de los autores antiguos situaron el mítico país de los Arimos en Cilicia, donde Tifón tenía su antro; en concreto, en la cueva Caricia. Pero cuando Nono menciona esa guarida, lo hace aludiendo a 'la sangrienta cueva de los Arimos' (*Dionisiacas*, I, 140). Algunos versos más adelante, la sangre vuelve a aparecer, de nuevo de manera un tanto enigmática, en el largo poema del panopolitano. En la obra, Tifón es descrito como un descomunal gigante que tiene cien cabezas, la central con rostro humano. Pero antes aún de su enfrentamiento con Zeus, Nono habla de esa cabeza humana central señalando que está ensangrentada, *daphoinéenti* (*Dionisiacas*, I, 425-426, ed. F. Vian).

Tifón, por tanto, es un ser serpentiforme de ensangrentado rostro humano, habitante de una caverna sangrienta, y cuya sangre, una vez derrotado, teñirá montes y playas. Pero Tifón no es un hombre, sino un ser que aparece vinculado de manera especial con las emanaciones volcánicas. Uno de sus más claros prototipos orientales nos muestra a un monstruo formado de diorita<sup>2</sup>. Los aspectos volcánicos del Tifón heleno se han puesto de relieve a menudo por los estudiosos modernos. Dicho carácter es especialmente perceptible en Píndaro (*Píticas*, I): bajo tierra Tifeo, que un día fue nutrido por la gruta de Cilicia, yace ahora sujeto por los montes de Sicilia, con el nevado Etna oprimiéndole el pecho (14-20), las fuentes de fuego brotan de las honduras del Etna y ostentan humo durante todo el día, y llamas en la noche (21-24), mientras el monstruo lanza fuentes de fuego, sujeto por la enorme mole del volcán y yacente en un lecho punzante (25-28).

Estos aspectos están presentes en el propio nombre griego. El verbo *typhoo* significa oscurecer, ahumar, humear, arder lentamente. *Typhos* significa humo,

<sup>2</sup> En general, cf. Alberto Bernabé, "Mitología Hitita", en G. del Olmo Lete (ed.), *Mitología y Religión del Oriente Antiguo*, III, Barcelona, 1998, pp. 5-124; *aquí*, pp. 63 y ss.

vapor, soplo, y por extensión, vanidad (la de aquél que está cegado por la soberbia). *Typhoon* o *Typhóos* denota una tromba, un torbellino, un tifón. Pero estos significados, en general, no son solo aplicables a los fenómenos volcánicos, sino también a un mineral que cuando es trabajado, desprende un vapor pestilente y tóxico: el cinabrio, el sulfuro de color rojo bermellón o escarlata que es la principal mena mundial para la obtención del mercurio. El cinabrio es un mineral de génesis hidrotermal a baja temperatura, cuya aparición también se asocia a ambientes volcánicos. De hecho, es uno de los poquísimos sulfuros cuya formación puede ser observada aún hoy, en termas de aproximadamente 802 C, en zonas de vulcanismo casi extinguido. Así, se puede hallar en forma de filones, incrustaciones o impregnaciones en rocas relacionadas con manifestaciones volcánicas, como sublimado en los cráteres activos, y como depósito químico de fuentes hidrotermales. Y a menudo, acompañando al sulfuro aparecen bolas de mercurio nativo. Cuando el mineral está contaminado con materia orgánica, aparece con tonalidades de color hígado; se le denomina entonces 'mineral de hígado', 'mineral de acero' o 'mineral de coral'. La ficha técnica del cinabrio debería incluir que se trata de un mineral frágil e infusible (a 580° se produce vapor de mercurio) y de peso específico extraordinariamente alto (8,1).

Tanto griegos como romanos explotaron un mineral que denominaron *κινναβαρι*, los primeros, y *cinnabaris*, los segundos. No parece que ni unos ni otros tuvieran muy claro, durante mucho tiempo, de dónde se obtenía el cinabrio. Sus fantásticas explicaciones sobre el particular, así como la indefinición que domina sus descripciones, parecen ser muestra de ello. Casi todos, confundieron o bien asimilaron el cinabrio con otros productos, en especial con el minio, pero también con productos vegetales como la cochinilla que se reproduce en la coscoja. Pero no hay duda que fuera lo que fuera, lo que los escritores griegos y romanos denominaron cinabrio fue empleado en época antigua como pigmento natural. Ello no obsta para que se le diera otros usos. Estrabón (III,2,8) nos da cuenta del empleo en Iberia del método de obtención del oro mediante su amalgama con el mercurio. Y en época posterior, aún podrá señalarse que en Hispania limpian en el cinabrio el polvo de oro (Salino, 23, 4), o bien que los iberos encontraban el mineral junto con el preciado metal (Pausanias, VIII, 39, 6).

Pausanias nos permite pasar a examinar, sin solución de continuidad, cual fue uno de los principales usos del cinabrio en la Antigüedad, si no el más importante: como pigmento. Pausanias, de hecho, habla del cinabrio de los iberos mientras describe el templo de Dioniso *Acratóforo* ('que produce vino puro') ubicado en Figalía (Arcadia); en el santuario, la parte inferior de la imagen del dios no era visible, por las hojas de laurel y de hiedra que la cubrían, pero según el viajero griego lo que se podía ver de ella estaba untado con cinabrio, que la hacía brillar. Es entonces cuando Pausanias anota que se decía que los iberos encontraban ese mineral junto con el oro (VIII, 39, 6). Previamente, había señalado que en el ágora de Corinto había *xóanas* de Dioniso doradas, excepto los rostros, los cuales habían

sido adornados con pintura roja (Pausanias, II,2,6). Las potencialidades pictóricas del cinabrio fueron expuestas de manera mucho más sistemática por Vitrubio (en especial, De *architectura*, VII, 8-9), mientras Dioscórides registró que lo elevado de su precio hacía que los pintores, que lo empleaban para pintar los adornos en las mansiones muy lujosas, apenas pudieran emplearlo para perfilar líneas (*Materia médica*, V, 94).

Entre cinabrio y sangre hay una evidente similitud, que explicita Plinio, quien señalaba que el cinabrio era el mejor color para reproducir en pintura la sangre humana (*Historia Natural*, XXXIII, 116), quizás porque como el propio Plinio contaba, el cinabrio no dejaba de ser también sangre. De hecho, debemos al funcionario-naturalista una detallada descripción de cual era el origen del cinabrio, compartida por autores posteriores como Solino o Isidoro de Sevilla. El mismo radica en la perenne lucha que tiene lugar entre los elefantes y los dragones.

Salino, que se nutrió ampliamente de Plinio, narra la pugna mientras describe la Mauritania (Plinio la sitúa en Etiopía y en la India): los dragones se ocultan junto a las sendas por donde transitan los elefantes, y trabándoles los pies, les privan de la posibilidad de andar. Pues si no se anticipan a los paquidermos, trabándoles, estos se apoyan en los árboles o en las rocas para matar, aplastándolas, a las serpientes. La principal razón de esa guerra radica en que los elefantes tienen la sangre más fría, y por ello los dragones la buscan, en el ardiente rigor del verano, con verdadera avaricia. Por eso atacan cuando el elefante se ha hartado de beber: pues persiguen, estando las venas mucho mejor regadas, saciarse más cuando las comprimen. Y atacan solo en los ojos, pues saben que únicamente aquellos son vulnerables, o dentro de las orejas, pues solo esta parte no hay manera de defenderla con la trompa. Pero al caer cuando les han chupado la sangre, las bestias aplastan a los dragones y la sangre derramada por una y otra parte empapa la tierra y todo el suelo que tiñe se convierte en el pigmento llamado cinabrio (Plinio, *Historia Natural*, VIII, 32 y XXXIII, 116, entre otros lugares; Solino, 25, 11-15; Isidoro, *Etimologías*, XII, 4, 4-5 y XIX, 17, 8). Dioscórides echará una sombra de duda sobre la verosimilitud de esta fantástica historia, al señalar que fue el intenso color del cinabrio lo que hizo que algunos pensaran que era sangre de dragón (*Materia médica*, V, 94).

El cinabrio no es un mineral raro, pero es difícil hallarlo en grandes depósitos. Por lo común, aparece formando mineralizaciones con otros sulfuros, o impregnando minerales como el cuarzo, la calcita o el carbón. Sin embargo, hay un sitio, conocido de antiguo, en que el cinabrio aparece en cantidades descomunales: en Almadén, lugar que durante la Antigüedad parece haber sido conocido como Sisapon. En Almadén-Sisapon, el mayor yacimiento mercurial del mundo se viene explotando desde hace más de dos mil años. La naturaleza de sus gigantescos depósitos de cinabrio siguen sorprendiendo hoy en día a los geólogos, y cabe extrapolar que en la Antigüedad debió suceder algo más o menos similar. El geó-

grafo griego Estrabón, mientras hace su descripción de la Turdetania, apunta que paralelas a la ribera septentrional del Betis se elevan cadenas montañosas llenas de minerales; y que en esas sierras, donde más abunda la plata es en las proximidades de Ilipa y Sisapon (Estrabón, III,2,3). En el mismo lugar, alude a que hay una Sisapon antigua y otra moderna, lo cual se ha interpretado como prueba de su poblamiento prerromano. Unas décadas más tarde, Plinio el Viejo caracterizará el yacimiento como la más célebre de las minas de minio del Imperio (*Historia Natural*, XXXIII, 118).

Hasta que los romanos se apropiaron de los recursos de Sisapon, no parece que dispusieran de (grandes) yacimientos de cinabrio explotados por ellos mismos. Tampoco, de grandes conocimientos sobre la proveniencia del mineral que empleaban como pigmento. La erudita tradición que situaba el origen del cinabrio en una gigantomaquia animal, la cual se desarrollaba en exóticos lugares (India, Etiopía o Mauritania), admite un paralelo con el mito de Tifón que encuentra un curioso eslabón en las minas sisaponenses. El monte Casio en que Zeus fue vencido momentáneamente por el sangrante Tifón (Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, I,6,3) era denominado por las poblaciones de habla semita *Sapanu*, *Saphon*. ¿Pudo el topónimo Sisapon haberse formado a partir del término Saphon? Un estudio lingüístico, toponímico o meramente etimológico, poco puede decirnos en este caso<sup>3</sup>. Pero, sin duda, todo pueblo que conoce un punto geográfico concreto puede nombrarle en términos significativos para su propia cultura. Que los colonizadores fenicios y cartagineses conocieron los recursos metalíferos de Sisapon es casi seguro. Esto, y la similitud entre los nombres propios Sisapon y Saphon (en grafías semitas, *Spn*), induce a pensar que el topónimo puede ser de origen semita. Pero si ello es cierto, Sisapon debe dar nombre a un lugar caracterizado por su vinculación, de una u otra manera, con aspectos simbólicos que el término *Saphon* denotaba dentro del mundo fenicio-púnico peninsular. Es decir, por su vinculación con una *mitología*. y si en realidad fue un dragón fenicio el que vertió toneladas de sangre, de *cinnabaris*, sobre las sierras meridionales de Hispania, probablemente fue el mismo ser serpentiniforme que romanos y griegos llamaron Tifón.

<sup>3</sup> Que la fricativa labiodental aparezca en el topónimo mencionado por Estrabón y Plinio como oclusiva labial sorda puede deberse a múltiples razones, desde gráficas hasta fonéticas. Sólo podemos apuntar aquí lo común de la variación. Y lo que podría significar el supuesto prefijo que acompaña al término Saphon es igual de ambiguo. Por otro lado, desconocemos de donde proviene el término que emplean estos eruditos. En el caso de Estrabón, éste no estuvo jamás en Iberia. Sus informaciones sobre la península proceden de lo que otros, como Posidonio, Artemidoro o Asclepiades de Myrlea, dejaron escrito sobre ella. Y no sabemos muy bien de donde pudieron sacar estos autores sus noticias al respecto. O lo que es lo mismo, quiénes empleaban ese topónimo para referirse a ciertas minas hispanas. Que la zona en que se ubicaba Sisapon en ningún caso estuviera muy lejos de varios grupos lingüísticos (indoeuropeo, ibero, tartessio, semita), hace aún más problemático establecer conclusiones de este tipo. Porque además, en ocasiones un mismo punto geográfico recibe, de manera simultánea, nombres distintos, dependiendo de quien aluda al lugar. El Benis, que otros llaman Minio, escribe Estrabón (III, 3, 4). Y además, en este caso es inútil preguntarse quiénes explotaban o habían explotado los yacimientos de Sisapon. Un estudio histórico de la cuestión, hecho con detenimiento, no podría ayudarnos mucho. De sus ricos recursos mineros ya parecen haberse aprovechado en una u otra forma, antes que los romanos lo hicieran directamente, tanto fenicios y cartagineses como griegos. Pero las cosas pueden nombrarse sin ser explotadas económicamente, y quien se aprovecha de un recurso de la tierra puede no haber puesto nombre al lugar en el que desarrolla su actividad, sino haber asimilado uno que tenía con anterioridad.

El cinabrio tiene la misma virtud que la piedra hematites, señala Dioscórides (*Materia médica*, V, 94). Esta afinidad tampoco es casual. El propio nombre de la piedra está formado con la raíz griega *haima*, 'sangre'. Un autor anónimo explica el origen de la piedra. Cuando Cronos mutiló a Urano, la inmortal sangre del primero cayó sobre la tierra, coagulándose; esos coágulos son la piedra hematites, la cual, si se moja en agua, llega a ser auténtica sangre, cuyas virtudes terapéuticas el autor enumera (*Lapidario árfico*, 645-686).

En el mito hurrita de Ullikummi, al que ya hemos aludido, este monstruo de diorita crece sin parar hasta que por fin los dioses, que le observan preocupados desde lo alto del monte Hazzi (el nombre que los hititas daban al monte Casio-Saphon) recurren para destruirle al cuchillo con el que en el principio de los tiempos se separó el Cielo y la Tierra. En el mito griego, Zeus luchará contra Tifón, sobre el monte Casio, con una hoz (Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, I, 6, 3) el mismo instrumento con el cual Cronos emasculó a Urano para separarlo de Gea (Hesíodo, *Teogonía*, 160-182). De la cruel castración de Urano nació Afrodita dorada, cuando los genitales de Urano cayeron sobre el mar (Hesíodo, *Teogonía*, 188-201).

La piedra hematites, cuyo poder tingente no es señalado por el *Lapidario árfico*, pero que guarda cierta semejanza con el *cinnabaris*, vincula a este mineral, o al minio, con otro potente tinte natural: el azafrán. Pues la piedra que Plinio llama hematites, que se halla en las minas y está emparentada con la piedra esquisto, cuando está quemada imita el color del minio (Plinio, *Historia Natural*, XXXVI, 144), y es especialmente útil, en cuanto a sus efectos terapéuticos, cuando su color es el del azafrán (XXXVI, 145).

Plinio, aquí, menciona a los autores más modernos que conoce. Pero entre los más antiguos, se vale de Sótaco, quien menciona cinco clases de hematites, además de la magnetita. La más importante es la de Etiopía. La segunda la *androdamas*, 'domadora de hombres', que procede principalmente de África, y que si es auténtica y se frota con una piedra de afilar de basalto, soltará un jugo color sangre, siendo muy eficaz para las dolencias del hígado. La tercera, la hematites arábiga: tiene una dureza similar, apenas suelta jugo cuando la piedra de afilar es 'de agua' y en ocasiones tiene el color del azafrán. La cuarta es la que llaman *hepatites* (de *hépar*, 'hígado', debido a su color) cuando aún se halla en estado natural y *miltites* (de *mítos*, 'minio, bermellón') cuando está cocida. La quinta es el esquisto (XXXVI, 146-147). Todas estas hematites, machacadas y disueltas en tres dracmas de aceite y bebidas en ayunas, curan las enfermedades de la sangre. Sótaco menciona, además, una variedad de esquisto que no es una hematites: la antracites, que procede de África, es negra y al ser frotada con piedras de afilar 'de agua', se torna negra en su base y azafranada en la parte opuesta (Plinio, XXXVI, 148).

Existe una vinculación entre las tres tonalidades (la del hígado, la del minio, y la del azafrán) que enumera Sótaco como presentes en las auténticas hematites.

Pero no podemos examinarla ahora. No obstante, es evidente que la afinidad que existe (sea en término de oposición o de complementariedad) entre la hematites y el azafrán, no es sólo cromática. Pues para confeccionar los medicamentos compuestos a base de azafrán, se recomienda emplear (junto con las piedras del Ténaro y de Fenicia) morteros confeccionados en hematites (Plinio, *Historia Natural*, XXXVI, 158).

La antigua geografía del azafrán se corresponde con la geografía de Tifón. Como Tifón, el azafrán es un cilicio natural de Córicos. Isidoro de Sevilla creía conocer su etimología: el azafrán (*crocum*) recibe su nombre de una ciudad de Cilicia que se llama Córicos. Pues nace en otros lugares, pero ninguno tiene la calidad del de Cilicia. y precisamente toma el nombre del lugar en que nace el mejor. Ya que de la ciudad de Córicos procede el mejor y más abundante *crocum*, el de olor más fragante y de color más dorado (*Etimologías*, XIV, 3, 45 y XVII, 9, 5).

El azafrán, en griego *krókos*, quizás no tome su nombre de Córicos, pues es posible que el término sea de origen semita. Pero Isidoro, aquí, se está limitando a repetir lo que fue un lugar común durante la Antigüedad. Y lo hace valiéndose de Salino, quien ya escribió que alrededor de Córicos, en Cilicia, había muchísimo azafrán y de la mejor calidad, y que aunque lo produjeran Sicilia, Cirene y también Licia, el azafrán caricia ocupaba el primer puesto, por despedir un perfume más intenso, ser su color más dorado y tener la acción de su jugo más pronta eficacia como medicamento (Salino, 38, 6).

Los usos del azafrán fueron variados durante la Antigüedad. Horacio alude al azafrán de Córicos como ingrediente culinario (*Sátiras*, II, 4, 68), pero también como ambientador en el teatro, ya que por la escena de los teatros romanos se esparcía un perfume hecho a base de azafrán y otras flores (*Epístolas*, II, 1, 79). Marcial alude, en este mismo sentido, al desvaído reguero de rojo azafrán que se echaba en los teatros (*Epigramas*, VIII, 33, 4), y a la lluvia de Córicos que dejaba resbaladiza la escena (IX, 38, 5). La misma pluviosa metáfora le sirve a Marcial para señalar que unos cilicios que acudieron a Roma, se pudieron humedecer aquí con sus propias lluvias (*Liber de spectaculis*, 3). La función de esta esencia de azafrán que era esparcida por los teatros romanos, mezclada con vino, parece haber sido refrescar y perfumar el ambiente para los presentes en el espectáculo. El propio Marcial alude al fragante olor del azafrán de Córicos (*Epigramas*, III, 65, 2). La planta también tuvo una función ornamental, de la que asimismo nos da cuenta el epigramista. Reprochando a un amigo que le haya aposentado en una habitación inhóspita, le espeta que lo ha hecho mientras que para evitar que sus plantas cilicias teman al invierno, y que una brisa demasiado helada abra sus brotes, las ha protegido, en una acogedora habitación, con unas vidrieras que dejan pasar generosamente los rayos del sol (*Epigramas*, VIII, 14, 1).

Lo cierto es que los autores antiguos no fueron muy explícitos respecto a versificar la capacidad tintórea del azafrán, ocupados tal vez en describir su valor



ornamental o bien su fragante aroma, o quizás por constituir las técnicas de teñido un procedimiento artesanal cuya temática era marginal en sus composiciones poéticas. Sin embargo, es difícil que no se reparara en esa capacidad tintórea durante la Antigüedad. El azafrán común (*Crocus sativus*) se caracteriza como colorante por su descomunal potencia, pues una parte disuelta en 100.000 partes de agua produce un tinte claramente amarillo, y se calcula que aún una parte disuelta en 200.000 partes de agua sigue tiñendo el líquido. Esta capacidad tingente define al mejor azafrán. Dioscórides, que describe sus virtudes terapéuticas, advierte que el mejor krókos es aquel que mojado tiñe las manos (*Materia médica*, I, 26; también, Isidoro, *Etimologías*, XVII, 9, 5), y que además por su abundante jugo y buen color, los de Italia lo utilizan para teñir el mortero (Dioscórides, *loc. cit.*). Asimismo, el *krokómagma*, o 'pasta de azafrán', sustancia que proviene del unguento del azafrán una vez han sido exprimidos sus aromas, se caracteriza porque tiñe mucho los dientes y la lengua (*Materia médica*, I, 27).

La geografía del azafrán, como hemos dicho, se corresponde con la de Tifón. Plinio afirma que el azafrán más renombrado es el de Cilicia, en especial el coricio, después el del monte Olimpo en Licia y el de Centúripas en Sicilia (Plinio, *Historia Natural*, XXI, 31). El gaditano Columela, por su parte, señala en su tratado de agricultura que el monte Tmolo (en Lidia) y Córicos son célebres por su flor de azafrán (III, 8, 4). Virgilio también alaba la flor del Tmolo, monte que produce el más oloroso de los azafranés (*Geórgicas*, I, 56; también, Solino, 40, 10). Teofrasto, de haber podido, tal vez hubiera disendido de esta opinión, ya que parece abogar por la preeminencia de la fragancia que posee el azafrán de Cirene (*Historia de las Plantas*, VI, 6, 4-5). Mientras que Solino no dudaba que el azafrán de Centúripas superaba a todos los frutos de la tierra siciliota (5, 13), y que, detrás del coricio, estaba en pie de igualdad con los azafranés de Licia y Cirene (38, 6).

No podemos examinar aquí (ni tan siquiera enumerar de manera cicatera) la complejidad que, en un plano mítico, recoge esa retícula geográfica. Tifón nació en Córicos según diversas tradiciones míticas. Y fue sepultado bajo el Etna, volcán que aparte de aplastar al centiforme Tifón, aplasta visualmente a la población de Centúripas. Cirene es el nombre de la mujer que unida a Apolo, engendró a Aristeo (Hesíodo, *Catálogo de las mujeres*, fr. 215-217), personaje al cual estaba dedicada la población homónima situada en el monte Hemón (Plinio, *Historia Natural*, IV, 45), aquella montaña tracia por la cual se desparramó la sangre de Tifón. Aristeo, a su vez, se unió a Autónoa, nieta a través de Harmonía de la Afrodita Dorada nacida de la castración de Urano (Hesíodo, *Teogonía*, 975-978).

En cuanto a los montes anatólicos, muestran una sutil similitud con el monte Casi o en que trabaron combate Zeus y Tifón. Un relato hitita, conservado en dos versiones diferentes y fragmentarias, narra cómo Ishtar es agredida sexualmente por un monte, mientras la diosa está ayudando al Dios de la Tempestad: en una de las versiones, el violador es denominado monte Pisaisa, en la otra, el papel de vio-

lador lo desempeña probablemente el monte Casio (*Hazzi*, en hitita). La historia muestra evidentes conexiones con el mito griego de Tmolo, joven que probablemente es personificación del monte de idéntico nombre<sup>4</sup>. El monte Tmolo se yergue al este de Éfeso, ciudad que según Plinio (V, 115) tuvo como sobrenombre *Hemonio* y estaba bañada por el Caistro, río nacido en los montes Cilbianos. Estos montes que menciona Plinio constituyen la vertiente occidental del Tmolo. Y aparecen otra vez en la *Historia Natural*, cuando Plinio describe, siguiendo a Teofrasto, el descubrimiento del minio, cuyo protagonista fue, 90 años antes del arcontado de Praxíbulo en Atenas (año 349 de la fundación de Roma) el ateniense Calias, quien lo descubrió en Éfeso, en los montes Cilbianos. Tanto en Teofrasto, como en Plinio, como en Isidoro de Sevilla, aparece de nuevo, al narrar la historia, la persistente asimilación existente entre el minio y la 'sangre de dragón' o *cinnabaris*, cuya explotación, a veces se extiende a la Cólquide (Teofrasto, *Sobre minerales*, 58-59; Plinio, *Historia Natural*, XXXIII, 113-114; Vitrubio, *De la arquitectura*, VII, 8, 1; Isidoro, *Etimologías*, XIX, 17, 7).

De hecho, el entramado mitológico en que cobra sentido una de las dimensiones de la historia de Tifón, relacionada con la capacidad que tienen ciertos productos para teñir objetos, se extiende desde la Cólquide hasta Hispania, integra otros productos naturales, como la cochinilla o la *Dracaena draco*, y es protagonizado por seres relacionados de manera directa, de una u otra manera, con Tifón, como el boyero Gerión o el dragón que custodia el Vello de Oro. La geografía de la cochinilla, otro eminente producto tintóreo, es definida por Dioscórides, cuando describe el grano que sirve para teñir (*kókkos baphikée*), como unos granos arbóreos de color escarlata, adheridos como lentejuelas a la coscoja. Este grano tintóreo, dice, es excelente cuando proviene de Galacia y de Armenia, y casi tan bueno cuando proviene de Asia y de Cilicia. El último en calidad es el de Hispania (*Materia médica*, IV, 48), cuyos habitantes teñían los vellones de una manera tal que estos embebían el tinte del coscoja hasta alcanzar un color rojo puro (Solino, 23, 4).

De nuevo, lugares que en un plano mítico guardan relación con Tifón. Las costas meridionales del Mar Negro jalonan la singladura de los Argonautas hasta la Cólquide, donde un dragón guarda, suspendido de una encina, el Vello de Oro. Sierpe, inmortal e insomne, que fue engendrada por la Tierra en las laderas del Cáucaso, bajo la peña tifonea, cuando Tifón, herido por el rayo de Zeus cuando intentó agredirle, dejó gotear la ardiente sangre de su cabeza (*Argonáutica*, II, 1207-1215). Jasón triunfará sobre la sierpe gracias a las drogas de Medea. En especial, gracias a su Prometeica, droga que nació en las laderas del Cáucaso cuando el icor sangriento del hígado de Prometeo cayó a tierra; Apolonio señala cómo es: su flor es semejante en color al azafrán de Cócicos, su raíz terrestre se asemeja a la carne recién cortada (lo cual lo asimila a una raíz bulbosa, como la del pro

<sup>4</sup> Cf. R. D. Barnett, "Some contacts between Greek and Oriental Religions", en *Éléments orientaux dans la religion grecque ancienne*, París, 1960, pp. 143-153, Y comentario en Alberto Bernabé, *op. cit.*, pp. 61-62.

pio azafrán; Teofrasto, *Historia de las plantas*, VI, 6, 10, dice que la raíz del azafrán es carnosa), y su jugo es como el jugo negro de la encina en las montañas (*Argonáuticas*, III, 850-860), es decir, como el del cascabillo de la bellota, producto que a su vez se empleaba en la producción de tintes. Una insistente tradición representada por los restos de la obra de Simónides, no deja de señalar que el color del Vellochino era el de la púrpura. Un escolio a la *Medea* de Eurípides sobre el Vellochino señala que algunos lo denominan todo de oro (*holóchryson*), y otros púrpura (*porphyroyn*), y que Simónides, en su himno a Poseidón, dice que estaba teñido con la púrpura marina. También un escolio a Apolonio de Rodas señala que varios han denominado al Vellochino piel dorada, entre ellos aquél, pero que Simónides a veces le llama blanco, y a veces púrpura (ed. David A. Campbell, p. 460).

Hacia Occidente, en la lejana Iberia del Poniente, otro ser relacionado con Tifón acompaña al tricórpore Gerión: su perro Orto, nacido de la unión de Equidna, el monstruoso ser que vive bajo tierra, en el país de los Arimos, y del propio Tifón (Hesíodo, *Teogonía*, 305-310). La muerte de Gerión, como la de Tifón, tendrá consecuencias muy parecidas. En realidad, ambos personajes comparten tantos rasgos comunes que parecen el mismo ser mítico en dos versiones diferentes. En cualquier caso Gerión, habitante de Eritía ('la roja'), será abatido por Hércules, y sobre su tumba florecerán también los productos tintóreos.

Estesícoro de Himera en su *Gerioneida* cantó que junto a la tumba de Gerión estaban plantados dos árboles que manaban sangre (*Testimonia Hispaniae Antiqua* IIA 16 d). Posidonio escribió sobre un árbol que había en Gadir con las ramas dobladas hasta el suelo, con hojas ensiformes de hasta un codo de longitud y cuatro dedos de anchura, y que daba fruto. Si se le rompía una rama brotaba leche, y cuando se cortaba una raíz salía un jugo bermellón (Estrabón, *Geografía*, III, 5, 10). Pausanias también tuvo noticias de este árbol. Al hilo de la narración de cómo se hablaba de una supuesta tumba de Gerión en Lidia, refiere que algunos hombres objetaron que Gerión se hallaba en Gades, pero no su tumba, sino un árbol que cambiaba en diferentes formas (I, 35, 7-8). Por fin, Filóstrato decía hacerse eco de algunos que estuvieron en Cádiz, para propalar que en ella había unos árboles únicos en la tierra, llamados 'gerioneos', y que dos de ellos crecían sobre el túmulo de Gerión, destilando sangre (*Vida de Apolonio de Tiana*, V, 5). A tenor de las descripciones, la especie que crecía sobre ese túmulo parece haber sido la *Dracaena draco* o drago, hoy en día solo existente en las Canarias, y cuyo jugo (segregado por su tronco, no por su raíz), tuvo, también, gran importancia en la fabricación de tintes<sup>5</sup>.

La mitología de los productos tintóreos rojos es una mitología de la sangre, la cual es extensible a otros productos mediante una red mítica mayor que aquí no podemos pretender abordar debido a su amplitud, y debido además a que el análisis de su trama ha de ir ligado al examen preciso y detallado de nociones como

<sup>5</sup> M<sup>a</sup> José Meana y Félix Piñero, *Estrabón. Geografía, libros III-IV*, p. 131, nota 318.

las de conocimiento, organización social, orden y caos, terapéutica, etcétera, dentro del pensamiento antiguo. (Sin duda, hablar en términos de pensamiento antiguo constituye ya de por sí una tosca generalización). Pero podemos intentar avanzar cuáles son algunas características de parte de esa *mitología de las tinturas*.

Algunos rasgos individuales ligan a Tifón y sus satélites con sendos productos tintóreos. En los *Himnos homéricos* se narra que Tifón era hijo de Hera, quien lo había engendrado sola, encolerizada contra Zeus, cuando de la cabeza de este nació Atenea. Con las palmas vueltas hacia abajo, golpeó el suelo invocando a la Tierra, al Cielo, y a los Titanes que habitaban en el Tártaro, para que la dieran un hijo más fuerte que Zeus. y al cabo de un año, y sin el concurso de ningún hombre, nació Tifón, que fue criado por la serpiente de Delfos (*Himno homérico a Apolo* [III] 305-356). Un fragmento de Estesícoro de Himera, preservado en el *Etymologicum Genuinum*, abunda en la misma idea: Tifeo era hijo de Hera, quien lo engendró sin el concurso de un padre, para despechar a Zeus (ed. David A. Campbell, p. 166). Pero en el v. 305 del himno homérico se define a Hera como *chrysóthronos*. Aunque se ha vinculado el término con el concepto de 'trono' (*thronos*), es igualmente posible pensar que significa *thrónon*: 'flor (bordada)'<sup>6</sup>. Con lo cual la madre de Tifón en el himno homérico sería Hera la de las flores doradas. Asimismo Hesíodo señala que Gea parió a Tifón con Tártaro por obra de la dorada Afrodita (*Teogonía*, 820-825). Otra de las utilidades de la ponderada flor dorada del azafrán era fomentar los placeres afrodisíacos (Dioscórides, *Materia médica*, I, 26).

Asimismo, de los tres hijos de Tifón que enumera Hesíodo, dos son canes policéfalos: Orto y Cerbero (Hesíodo, *Teogonía*, 305-315). Pero según recoge el Pseudo-Dioscórides (I, 26) el azafrán (cuyas flores, nacidas directamente del bulbo, suelen ser varias) era llamado por algunos *kástor* (nombre que también se aplicaba a ciertos perros de caza), por otros 'sangre de Heracles', y por otros con el significativo término de *kynómorphos*.

En cuanto a la insomne e inmortal sierpe que vigila el Vellocino cólquico, nacida en la peña tifonea, muestra similitudes con el grano de teñir que describe Dioscórides, o más específicamente, con el árbol del que se extrae el mismo; la coscoja es en cierto modo tanto inmortal como insomne en cuanto que es un árbol perennifolio (Teofrasto, *Historia de las plantas*, III, 3, 3) que además muestra la particularidad respecto al resto de árboles de que siempre tiene fruto (III, 4,6 y 16, 1).

Pero estos y otros muchos rasgos son cualidades contingentes, particulares. La mitología de los productos que hemos examinado, así como la de otros más, se define por una serie de rasgos comunes a todos ellos. Como su naturaleza tardía. Tifón es un ser tardío, el más joven de los grandes oponentes de Zeus parido por

<sup>6</sup> Cf. Càssola, *Inni omerici*, Verona, 1975, p. 556.

Gea, nacido una vez que sus hermanos, los Titanes, han sucumbido (Hesíodo, *Teogonía*, 820-825). Entre los árboles, tardía es la coscoja, uno de los árboles que más tarda en fructificar junto con la sabina, empleando todo un año para hacerla (Teofrasto, *Historia de las plantas*, III, 4, 1 y 6, y 16, 1); y entre las plantas usadas para confeccionar guirnaldas, la serie que se inicia con el alhelí encarnado, la flor que primero aparece, finaliza con dos flores, una de ellas el azafrán, que no florece hasta otoño, muy tardíamente (Teofrasto, VI, 6, 10 y 8, 1-3).

Otro rasgo común es su carácter terrestre. Tifón es un hijo de la Tierra, que habita en un antro subterráneo. Como el azafrán, el cual se reproduce por vía terrestre, y es una planta que se desarrolla mejor si su raíz es pisoteada bajo tierra (Teofrasto, VI, 6, 10). Y como la coscoja, el árbol que hunde sus raíces más profundamente (Teofrasto, *Historia de las plantas*, 111, 6, 4), y que en cuanto que especie de encina, está constituida principalmente de tierra (Vitrubio, *De arquitectura*, II, 9).

Pero un tercer rasgo, relacionado con el anterior, es su carácter efímero, en cuanto esos seres se separan de lo que es propio de su carácter terrestre. Tifón, el más fuerte de todos los seres, cuando sale de su antro subterráneo y lucha con Zeus es derrotado por el dios, pero no sin que antes logre una victoria casi total sobre su oponente. Sin embargo, su victoria es una victoria efímera, destinada a durar por poco tiempo. Y cuando cae derrotado, en parte es engañado por las Moiras, que en el monte Nisa le persuaden de que coma de los '*frutos efímeros*', bajo el falso pretexto de que estos le fortalecerán (Apolodoro, loc. cit.). Igualmente, el azafrán, cuya raíz es gruesa y carnosa, siendo vigorosa toda la planta, tiene un florecimiento efímero, ya que sólo florece durante unos pocos días (Teofrasto, VI, 6, 10). Al igual que la coscoja, que en cuanto que encina, constituida ante todo de tierra, puede conservarse ilimitadamente bajo tierra, pero que en cuanto es ligeramente humedecida se retuerce y arruina todo lo que haya su alrededor (Vitrubio, *ibid.*).

El carácter efímero de estos seres, o de otros como Gerión, es extensible al conjunto de tinturas que les están adscritos. Tanto el azafrán como el cinabrio, en cuanto productos tingentes, muestran su gran potencia. Pero también su carácter efímero. El cinabrio sólo es utilizable, como pigmento, en lugares cerrados, oscuros, siendo totalmente desaconsejable emplearlo en lugares abiertos, pues rápidamente pierde su belleza y se deteriora en cuestión de días si no es protegido del ambiente externo (Vitrubio, *De la arquitectura*, VII, 9, 1-4). De la misma manera, la alta solubilidad del pigmento del azafrán hace que sea prácticamente inutilizable, pues enseguida se difumina y acaba por desaparecer por efecto de la humedad. Esa es la razón por la que los recolectores de azafrán, aparte de ir preparando las flores para uso mediante un riguroso orden de recolección, pues rápidamente se estropean, han de guardarlo en sitio seco y oscuro, pues tanto la luz como la humedad lo afectan con gran rapidez. Dioscórides ya señala al respecto que el azafrán ha de ser fresco, y que no ha de estar húmedo, ni haber sido mojado (*Materia médica*, I, 26).

Sin embargo, el concepto griego que mejor define la naturaleza de estos productos tingentes, y la del propio Tifón, es el término *ποικίλος*, el cual, dentro de su polisemia, encubre dos significados esenciales, en ciertos aspectos contiguos. *Poikilos* denota aquello que es polícromo, de colores variados, que está cubierto de pintura, o manchado. Pero también, aquello que es variable, cambiante, polimórfico. Entre los seres que pueblan la mitología griega, Tifón es doblemente *poikilos*. Por un lado, por su capacidad tingente y por su rostro ensangrentado; por otro, por su naturaleza cambiante, polimórfica, variable, la de un ser que se caracteriza por sus múltiples manifestaciones. En Hesíodo, estas múltiples manifestaciones son sonoras: las cabezas de Tifón emiten un variado e indefinible rumor de voces. A veces, sonidos como para hablar con los dioses, a veces otros parecidos a los de un toro, otras como los de un león o como los que emiten los perritos, y aún otras veces emiten silbidos (*Teogonía*, 825-835).

Ese carácter polimórfico es evidente sobre todo en las *Dionisiacas* de Nono de Panópolis; En sí, es significativo que Nono inserte una Tifonea en un larguísimo poema dedicado al proteico Dioniso. Que al inicio de su poema (I,11-32) invoque al propio Proteo, también. Pero además, Tifón en Nono tiene quijadas de oso, cráneos leoninos, garguero de serpiente, y fauces parecidas a las de las aves (II, 44-50); su rostro de gigante enloquecido es multiforme (II, 60); y como Hesíodo, Nono remarca que el grito de Tifón, el de multiforme naturaleza, no es un sonido, sino innumerables y diversos ecos: aullidos de lobos, rugidos de leones, gruñidos de cerdos, mugidos de bueyes y silbidos de serpientes; cuando grita, se oye el grito de los leopardos, el ruido de las quijadas de los osos y los ladridos rabiosos de los perros (II, 245ss.). La Hamadriade que teme ser violentada por Tifón, se pregunta si habrá de acoger en su vientre a un hijo multiforme, parecido a su padre (II,140-150).

Esta doble naturaleza, cromática y morfológica, es extensible a los productos tintóreos, en distintos aspectos. La variabilidad, afirma Teofrasto en su *Historia de las plantas*, es una cualidad propia de las plantas cultivadas, pues en ellas se perciben diferencias que dependen de los cuidados, la situación y los aires que experimenten durante su desarrollo (VI, 6,1-3); de manera que por ejemplo las rosas muestran muchas diferencias, tanto en número de pétalos como en tersura, colorido y fragancia. Pero sobre todo, es la planta del azafrán la que parece cambiar más que cualquier otra (VI, 6, 4-5). Fuera de las plantas cultivadas, dentro del conjunto de árboles, el indefinido grupo de encinas y robles es igualmente aquél en que se dan las mayores diferencias entre las especies que lo integran (III, 8, 6). Asimismo, es el roble el árbol que, aparte de sus frutos, lleva más aditamentos diferentes al fruto propio de su naturaleza (III, 7, 3-6). Pero su pariente la coscoja, aunque no tanto como el roble, es también multiforme en sus frutos, pues produce junto a la bellota que es su fruto natural, otros frutos: el muérdago del roble, el muérdago corriente, y la baya escarlata que sirve como producto tintóreo (III, 16, 1).

La presencia de ese doble sentido del término *poikílos* en los productos tintóreos, es en parte imaginaria, y en parte está definida por vínculos de parentesco míticos. Ello se percibe en la vinculación familiar que existe entre los sujetos de la naturaleza que se ligan a Medusa y Gerión, individuos ambos vinculados al grupo familiar de Tifón, y ambos efímeros, a los que se ligan objetos de la naturaleza que o son tingentes o están teñidos, y que se caracterizan por su gran polimorfismo. Medusa es hija de Ceto y Forcis, hermana por tanto de Equidna, y la única mortal de las tres Gorgonas. De su sangrante cabeza nació Crisaor, que unido con Calíroe engendró al propio Gerión, para quien la propia Equidna engendró, en la cueva de los Arimos, junto con Tifón, al perro Orto (Hesiodo, *Teogonía*, 270-294, 305-310 y 979-983). Gerión es un ser, igualmente, mortal, destinado a sucumbir ante el embate de Hércules, y en cuya tumba crecerán árboles caracterizados por esa doble cualidad de ser variables y de ser tingentes. Ello es evidente en la descripción del gerioneo árbol gaditano preservada por Pausanias (I, 35, 7-8), según la cual el vegetal cambia en diferentes formas, mientras destila sangre. La misma doble cualidad es asimismo perceptible, en el objeto ligado al mito de Medusa, la abuela de Gerión: el coral. Pues el coral, según un lapidario griego ya mencionado, es la más maravillosa de las piedras que nacen, pues puede cambiar de aspecto: brota como hierba verde, cuyas hojas se corrompen más tarde por el agua salada, después se endurece y por fin se convierte en piedra (*Lapidario órfico*, 510-539). Pero además, su color rojo proviene de la cabeza de la Gorgona Medusa, que dejada encima de unas hierbas aliado del mar por Perseo, manchó con su sangre esas hierbas, transmitiéndolas así esa tonalidad característica (*Idem*, 540 y ss.).